

tectura, la escultura, la música, la poesía se han llenado, por el milagro del amor, de la luz y de la belleza de Jesucristo. Ved porqué hemos podido contemplar imágenes suyas tan encantadoras, que parecen, en su expresión sincera, el retrato mismo de la belleza trazado por la mano del amor. Ved porqué hemos oído resonar armonías tan llenas de Jesucristo y de su nombre, que se creería, al escucharlas, oír á los serafines cantándole en el cielo el himno eterno del amor. Ved porqué el soplo de Jesucristo conmoviendo en el fondo del alma humana la fibra delicada y vibrante de las castas y celestes afecciones, ha hecho salir de ellas una poesía que tiene todos los acentos y todos los perfumes de su amor. Ved, en fin, porqué hemos visto elevarse edificios á la vez tan grandes y tan armoniosos, tan magníficos en su conjunto y tan ricos en pormenores, que fácilmente se les reconoce como la mansion misma del Dios de amor, construida, y embellecida por toda la adhesión, por todos los sacrificios y todas las delicadezas del amor.

La fé, la esperanza y el amor, desplegándose en la humanidad, han producido una cuarta cosa que ha ejercido sobre el arte una influencia aun mas decisiva, quiero decir, la santidad cristiana.

Cómo ha elevado el cristianismo las costumbres, creado la santidad, y de este modo preparado por el progreso en el órden moral la marcha fecunda de todos los demás progresos, lo hemos demostrado en 1858. Esta demostracion fué como la base del modesto edificio que despues hemos trabajado por elevar á la gloria de Jesucristo. No tengo, pues, que repetir una demostracion hecha ya, y que cada uno de vosotros, en caso de necesidad, prodría encontrar

en las conferencias impresas. Bástame hacer os notar aquí el inmenso alcance de esta transformacion moral, consumada por el cristianismo, sobre la transformacion estética y sobre la creacion de la belleza artística en los siglos cristianos. El cristianismo, creando en el mundo ese ideal de santidad que los autores designan, ya bajo el nombre de ideal artístico, ya bajo el nombre de ideal místico, y que yo llamo aquí simplemente el ideal cristiano, ha elevado lenta, pero eficazmente, el ideal estético; y la obra de los grandes cristianos que han corrido con idomable denuedo tras el ideal de la santidad, ha preparado el camino á la obra de nuestros grandes artistas que han corrido con igual denuedo tras el ideal de la belleza engrandecido por los santos.

No lo olvideis nunca, Señores, todo cristiano es artista; este artista tiene un ideal; corriendo tras de su ideal, crea cada día una obra maestra, la obra maestra que Dios y sus ángeles contemplan con el mayor arrobamiento. Este ideal tras que corre y que quiere imitar, es Jesucristo; y esta obra maestra que trabaja por realizar y perfeccionar día por día y hora por hora, es él mismo, vivo y verdadero. Si, Señores, pintar, esculpir, elaborar dentro de sí con el combate, el trabajo, el sufrimiento y el sacrificio, la grande y bella imagen de Jesucristo; imprimir, dado el caso, sobre su carne viva y su alma conmovida esa divina efigie; imprimir la tal como la fé la descubre y tal como el amor la abraza en la cumbre de su calvario; formarse, si es menester, para mejor asemejarsele, un calvario viviente; tal es el ideal buscado por los santos; tal su trabajo y á menudo su martirio, para hacerse ellos mismos verdaderas imágenes de su ideal; es decir, obras maestras de santidad cristiana y de belleza moral. En verdad, no quiero decir que todo lo que es cristiano suba hasta este punto: esos cristianos que llevan hasta el extremo las consecuencias de su Evan-

gelio, son raros, si quereis, raros como los génios que llevan hasta donde puede llegar la expresion de la belleza artística. Pero ese ideal es verdaderamente su ideal; correr tras él es verdaderamente su deber; y los valerosos, los magnánimos, los generosos, los gigantes de nuestra raza llegan hasta este punto, hasta una reproduccion resplandeciente y una imitacion superior de su ideal; y, llegados á ese punto, á su mas alta cumbre; pueden decir al mundo que los ve pasar y que quizá los desdeña: Miradnos, somos la mayor belleza moral que se haya mostrado bajo el cielo; somos las vivas imágenes de nuestro Cristo viviente.

Ahora bien, ¿quién no comprende el poder de este grande influjo de la santidad cristiana para elevar el arte, los artistas y sus obras? Delante de este espectáculo de la belleza humana reproduciendo la belleza de Cristo, el artista puede unir en sus obras esas dos cosas que conspiran á hacer sus obras perfectas, la mayor sinceridad en la expresion y la mayor belleza. Para que el arte sea grande es menester, que sea ante todo la expresion del alma. Pero para que la expresion de las almas haga resplandecer la belleza, es menester que las almas sean bellas. ¡Pues bien! Esas almas de los santos son bellas; son bellas con la belleza de Cristo, ideal de la humanidad; luego, son bellas con toda la belleza humana embellecida por el reflejo de la belleza divina. Ven ahora, hermano artista, ven con tu génio capaz de descubrir la verdadera belleza, ven con tu corazon capaz de amarla, ven con tu mano capaz de pintarla ó de esculpirla: haz pasar esas almas á tu alma, y de tu alma haz pasar á tus obras su imagen ingénuu. Sí hermano mio, sé verídico, sé sincero: muestra al sol la claridad que emana de esas almas escojidas, y tus obras serán bellas porque esas almas son bellas; grandes, porque esas almas son grandes. No tienes que temer de tu sinceridad lo

que mata al génio, la expresion de la fealdad, porque tú estás en frente de la mayor belleza: te basta ver, contemplar, pintar, arrojando allí ese reflejo de belleza infinita que se descubre mas allá de toda belleza que no es todavía la belleza de Dios mismo.

Pero, notadlo bien, Señores, la influencia de la santidad cristiana no se limita á realzar en la humanidad la imagen de la belleza moral; ha realzado en ella, y perfeccionado tambien, el tipo de la belleza física. Colocándose en el centro de la vida, la luz superior de la belleza moral ha resplandecido sobre la fisonomía del hombre, la belleza del espíritu ha recaído con esplendor sobre la belleza del cuerpo. Arrancando el alma á la depravacion moral, el cristianismo ha arrancado poco á poco el cuerpo á la degradacion física: haciendo prevalecer, con la práctica de todas las virtudes cristianas, el espíritu sobre la carne, ha hecho al hombre remontarse, cuanto es es posible á la debilidad humana, hácia el tipo mas ó menos borrado de su grandeza y de su belleza primitiva. El hombre, en una palabra, realzado moralmente por su contacto con Cristo, ha elevado con su alma su cuerpo mismo, y sobre todo su rostro. El cuerpo, mas arrebatado en el movimiento del alma, se ha hecho, si puedo decirlo así, mas ligero mas ascendente; aun en su cuerpo se siente que es un espíritu, como se ha dicho del ave:

*"Aun al andar, parece que alas tiene."*

Y á medida que el cuerpo se ha vuelto menos pesado y mas espiritual, el rostro ¡ah! el rostro sobre todo, ha sufrido su maravillosa transfiguracion. ¡Se ha vuelto mas alto, mas luminoso, mas trasparente, en una palabra, mas bello!

¿Los veis desde aquí, á esos rostros de santos, espejos vivientes en que se refleja la imagen de Jesucristo? ¿Los veis que llevan las señales resplandecientes y suaves de todas las virtudes producidas en

su alma por el amor de Jesucristo?... La humildad, la pureza, la caridad, la dulzura, la fuerza, la bondad, la generosidad, la abnegacion, el sacrificio, la magnanimidad: todas estas virtudes emanadas del amor que está en su corazon, iluminan sus rostros con una luz incomparable; y como otros tantos rayos caidos sobre su frente del rostro de Jesucristo, componen con su armoniosa mezcla una fisonomía verdaderamente aparte, un tipo de belleza humana que los artistas de Roma y de la antigua Grecia no podían reproducir en sus obras, porque jamás los habían encontrado sus miradas. ¡Fisonomía verdaderamente nueva, que denomino, para nombrarla bien, fisonomía cristiana! ¡Qué figuras de hombres y de mugeres, de ricos y de pobres, de jornaleros y de príncipes, de apóstoles y mártires, de vírgenes y de anacoretas, de monges y de cenobitas! Y en estas figuras, ¡qué inefable mezcla de dulzura y de fuerza, de grandeza y de bondad, de magestad y de suavidad, de dignidad y de simplicidad!... Y esos rostros sellados con tal hermosura, brillan en nuestra historia mas numerosos que las estrellas del cielo; y como una inmensa galería de obras maestras, atraen de siglo en siglo las miradas y el corazon de los verdaderos artistas.

Pero, Señores, al mirar desde lejos esas falanges de santos que llevan no solamente en su alma, sino tambien sobre su frente, la belleza de Jesucristo, ¿es posible que pasemos, sin saludarla con la mirada y con el corazon, frente á la régia y virginal belleza que resplandece como un sol sobre todas las demás bellezas? ¡Belleza humana, mas próxima que ninguna á la belleza divina! ¡Belleza que inspira hace siglos, y que inspirará hasta el fin del mundo el verdadero génio del arte, mientras haya en la tierra cristianos que exclamen postrándose con respeto y amor ante la Madre de Dios: *Ave, Maria gratia*

plena! ¡Belleza, que es la única, juntamente con la belleza de Jesucristo, que tiene el privilegio de desesperar al génio impotente para reproducirla tal como se descubre en su imaginacion á través de esos reflejos del infinito que la circundan por todas partes! ¡Belleza que nos parece, en su celeste auréola, tan sobrehumana que se diría que va á confundirse y perderse en la belleza misma de Dios!... ¿La veis? ¿Veis esa incomparable figura que resplandece como la estrella mas hermosa en el firmamento de la santidad cristiana? ¡Qué flor de belleza! ¡Qué auréola de santidad! ¡Qué rayos de pureza! ¡Qué perfumes de inocencia! ¡Qué encantos de armonía! ¡Qué candor de simplicidad! ¡Qué esplendor de virginidad! Y en esta simplicidad y esta virginidad, ¡qué dignidad maternal! ¡Qué real magestad! ¡Qué vírgen, y que madre! ¡Qué muger, esa muger coronada de estrellas, vestida del sol, remontándose en una luz celestial, tan alto y tan lejos mas allá de todas las demás bellezas creadas!... ¡Ah! Yo la reconozco; es la belleza humana, pero la belleza humana tal como apareció con su esplendor matutino en el alba de la creacion. Es la belleza toda pura, la belleza sin mancha; sí, ¡es la belleza verdaderamente inmaculada!

¡Hé aquí lo que el cristianismo ha mostrado á la tierra para purificar, elevar y transfigurar el génio y las obras del arte! El paganismo había creado para las costumbres y para las artes un tipo de belleza que no queremos siquiera nombrar: era la belleza del cuerpo separada de la belleza del alma. El cristianismo ha creado, para las costumbres y para el arte, á la Vírgen inmaculada, es decir, toda la belleza del alma irradiando á través de las armonías del cuerpo; aquel cubría la belleza del espíritu bajo el brillo de la carne; este ha hecho de una carne virginal el trasparente sin mancha del espíritu.

¡Ah! ¡Quién dirá jamás todo lo que ha podido hacer una mirada de amor lanzada sobre esa frente régia y virginal, trono radioso de la gracia y de la majestad, para acrisolar, elevar y perfeccionar el génio del arte! ¡Qué artista, hijo, hermano, esposo de una santa muger que ha expirado, no ha buscado para pintarla un rayo desprendido de la frente de la Virgen María? ¡Y quién que ha tenido en la tierra una madre, una hermana, una hija, tal como el cristianismo forma cada día, no ha buscado en esta frente de la Inmaculada un reflejo de belleza celeste, para volver á formar la imágen de lo que ha amado y perdido sobre la tierra?....

¡Oh Virgen, oh Madre de Dios! ¡oh! ¡Permitidme saludaros de paso como la verdadera inspiradora de los artistas cristianos! ¡Oh tipo immaculado de la belleza humana! Grabaos, grabaos en el alma de mis hermanos los artistas. ¡Que esta imagen de vuestra belleza estampada en su alma se refleje en sus obras, y demuestre la diferencia profunda que separa aquí también el tipo de la belleza pagana del tipo de la belleza cristiana, la muger del paganismo y la vírgen del cristianismo!....

V.

¡Qué resta, Señores, para completar, condensándolo, este magnífico asunto, sino mostraros en el culto cristiano la mas solemne consagracion de la belleza, y el indisoluble y armonioso himeneo de la religion y del arte?

Los verdaderos artistas, aun cuando no tengan todavía esa fé que dice ó canta su *credo*, sienten por el lado artístico de su ser, no sé qué atraccion misteriosa hácia el cristianismo, y en particular hácia el catolicismo. Es que sienten instintivamente que hay ahí, en el fondo y en las superficies de esta religion

espléndida, algo que conspira con su génio para la expresion de la belleza y la verdadera glorificacion de ese arte, al cual han consagrado un culto, que es para ellos como una religion. No me admiro de ello: el arte bajo todas sus formas y en sus proporciones mas grandiosas, es como una parte integrante del culto católico; de suerte que, entrando en nuestros templos, cuando han recibido el complemento de su belleza, el génio respira su elemento, y en esta casa de Dios en que el arte resplandece con tanto brillo, siente en cierto modo que está en su propia casa.

Es que, en efecto, lo que profesamos en principio con respecto al génio mismo del arte, lo manifestamos por todas partes en nuestro culto, á saber que el amor es inseparable de la verdad, y ambos son inseparables de la belleza. Porque conservamos en nuestro cristianismo la plenitud de la doctrina, conservamos en nuestro sacrificio la plenitud del amor; y porque conservamos á la vez en fraternal abrazo el amor y la verdad, conservamos en nuestros templos, y al derredor de nuestro altar, el culto conmovedor de esa belleza cristiana, que no es otra que la belleza de nuestro Cristo mismo, resplandeciendo en todas sus faces.... Un piadoso autor ha dicho con una gracia enteramente artística: "El arte es una imágen de Dios trazada por el amor del hombre." Esto es cierto en toda la esfera del arte; pero en ninguna parte se realiza mejor esta verdad que en el arte cristiano al servicio del culto y de la adoracion de Jesucristo. Todo lo que resuena, todo lo que resplandece, todo lo que canta en torno al altar católico, no es, bajo esta ó aquella forma, sino una imágen mas ó menos incompleta de Jesucristo, un rayo, un reflejo, una palabra, un acento suyo, una armonía, una belleza inspirada por su amor.

En verdad, Señores, si hubiera querido, en esta predicacion, colocarme en el punto de vista histórico